183

MEMORIAL CORTESANO

NARRACIONES EPISTOLARES DEL SIGLO DE LOS FELIPES, HECHAS POR UN PRETENDIENTE PALACIEGO Y RECOGIDAS AHORA

POR

DIEGO SAN JOSÉ

BREVE PREÁMBULO

Ha más de cinco años que vine a la Corte al olor de un beneficio en la catedral de mi provincia, que porque se sepa es la de Zaragoza, y en todo este tiempo, con traer muy buenas esperanzas alimentadas por contundentes y apretadas cartas de la gente más notable de la metrópoli del Ebro, aún no conseguí otra cosa que agotar los recursos, pero no la paciencia (que desta necesarísima virtud fué el Señor servida de darme muy grande y espesa cantidad), y conocer como la palma de mi mano las *Losas* del Alcázar y aún muchas de los dependencias que están situadas en la parte baja, donde tantos anhelos como los míos se estrellan o estancan, que no hay humana voluntad que los saque con bien y haga la imponderable merced de dejarlas flotar en el tranquilo y azulado mar de la ilusión satisfecha.

Son estas dichas *Losas* la más concurrida plaza del mundo, donde se venden favores, se alimentan pretensiones y se madejan intrigas, las cuales muy pocas veces van en favor de los necesitados que por su mala ventura danzan en ellas, sinó de los hartos que las amañan y dan vida.

¿Qué sé yo si el cúmulo de cosillas, cosas y cosozas que he visto pasar por allí, subir como la espuma y despeñarse como el agua, en estos cinco años?

En lo que mi pretensión venía de camino pensé entretenerme escribiendo cada día un pliego de las cosas que allí viera u oyera y vean aquí vuesas mercedes cómo al cabo heme encontrado con una croniquilla un tanto extensa, la cual tiene por alma uno de los más famosos y cortesanos sucedidos que hanse visto en estas vegadas.

En tal manera acostumbraban a suceder allá cada día las nuevas, que si todas hubiera de relatarlas tal y como las presencié o llegaron hinchadas a mis oídos, tendría que menester todo el estanque del Buen Retiro hecho tinta y toda la pradera de San Isidro, hecha pliego de papel.

Lo mesmo en invierno que en verano, o al amparo del sol o a la frescura de las anchas arcadas vése aquel recinto, tan poblado de gente, que tienen los señores consejeros y ministros de llevar pajes o porteros delante, a fin de que les abran paso, que si no no fuérales posible echar un pie tras otro.

¡Tanto que pedir hay en España!

¡Y son tan pocos los días en que el rey puede dar!

Ciertamente que cualquiera extranjero, mirando cómo está la villa, toda de hambrientos y hampones, pudiera creer que esta era la corte del rey Carroña.

Pero volviendo a lo mío, que son estos pleguezuelos fundidos en letra un mucho gallarda de la mejor forma española (que aún no se me ha pegado esta procesal al uso, la cual entiendo que sólo se emplea para las causas sentenciadas en el infierno), de entre todas las cosas quiero aquí entresacar no

más de una, que es aquella que trajo la muerte de don Juan de Tassis, conde de Villamediana y correo mayor destos reinos y los de Nápoles.

Sea así, pues, y con tu licencia, lector (quien quiera que seas) allá te va lo que hasta mí llegó.

Parte primera

CAPÍTULO PRIMERO

En que el coronista trae a cuenta las nuevas de la Corte y retorno a ella de Don Juan de Tassis.

Este afán angustioso de las pretensiones no tendrá fruto muy abundante y bien compréndese que así sea; pues que tantas ramas le chupan la savia, que no es mucho que se queden sin florear.

El pedir y pretender está tan dejado de la mano de Dios, que en verdad que va a ser necesario dejar el oficio.

Por otra parte y si vamos a mirar las cosas tal y como son ellas, no como nuestra ansiedad y nuestra fantasía empéñanse en presentárnoslas, ¿qué va hacer S. M. si todo anda como él no quisiera y ya es mucho milagro que no haya faltado para él, y no piensen que esta triste desdicha anduvo muy lejos?

No es toda holgona y abundante como presumen las gentes la vida de Palacio, que diz que en las paredes de las reales däspensas no cuelgan los perniles y los tocinos en tan grande y crecido número qne haya necesidad de apuntalarlas con gruesas vigas, ante el peligro de que vénganse a tierra, sinó que telarañas, polvo y hollín tienen por colgaduras y ya los abastecedores dicen que no dan una piltrafa más si no se les satisface lo adeudado que diz que sube a muchos miles de reales.

Aun carbón, no envían los carboneros de Palencia y ha de guisarse con leña, y esta porque es cortada y traída de las posesiones del Real Patrimonio que sinó, recelo que no pudieran comer SS. MM. más de queso y fruta.

Díjome ayer un galopo de cocina, con más cara de hambre que la Cuaresma, que dos meses y medio cúmplense agora de que no se den en la casa las raciones que teníase por costumbre, y así anda toda la servidumbre esperando con ansia el Juicio Final por ver de llegar la resurrección de la carne; que no hay un cuarto en las arcas, y que el día de San Francisco pusièron en la mesa de la señora infanta un capón que ella tristemente enfurecida mandó levantar porque hedía como a perros muertos.

Siguió aqueste plato uno que era un pollo en salsa sobre unas rebanadillas como torrijas, pero no venía solo ni mal acompañado, que traía sobre sí, como animal fenecido que era de muchos días, todas las moscas palaciegas. La justa indignación de la infelice subió a la cumbre y levantándose, fuese a llorar a sn aposento por no dar con todo por una ventana.

Su yantar de aquel día no fué más de un mendruguillo de pan remojado en negro y espeso vino de Arganda.

En Palacio no se comerá y estarán las personas de la real familia con las tripas juntas y los tristes ojos como queriéndose esconder en el cogote por vergüenza de ver tantas cosas, pero los arbitrios y los impuestos crecen sobremanera, como el jabón en el agua.

Ya hase enviado orden a todas las ciudades y cabezas de partido de España, de que dentro de quince días se doblará el importe del papel sellado.

No hay otro medio para aliviar la miseria que dar sobre ella, para que muriendo presto, acabe dâl todo.

Si los señores ministros y consejeros no se cortan las uñas, no ha de tardarse mucho el día en que veamos a la Corte en lugar de ir a la salve los sábados, acudir cada día a la sopa de los conventos.

No siendo para cacerías u otras diversiones en que solo el señor rey se

emplea, no se ven los dineros, ni pintados; mas para estas cosas dijérase que salen de algún antro subterráneo, que custodian los enanos guardadores de los tesoros ocultos, de que se habla en los romances y en las consejas.

Entre las nuevas notables que hoy tienen en ebullición no solamente a las palaciegas *losas*, sino a todos los mentideros de la Corte, cuéntase la llegada del conde de Villamediana, el cual, desde el año de 1611, hallábase en tierra italiana, no holgándose, sinó muy al servicio de su patria; y dejando bien asentado en las horas de paz, con aquellos ilustres próceres del Parnaso que acompañaran al opulento duque de Osuna, la intelectualidad hispana.

Y a fe que su excelencia viene a tiempo de presenciar, y aún digo yo que a ser actor, en muy grandes cosas.

Comiénzase ahora precisamente la intriga de zapa para derribar de su alta poltrona nada menos que al duque de Lerma, y parece que ella va con mucho ahinco y grande fuerza, que como al fin todos se lo propongan no hán de tardar en conseguirlo, que en el largo transcurso de la Historia más sólidas torres habemos visto caer.

Si ello viene como se espera, yo pienso que no es fatalidad del Destino, sino manifiesto castigo de la mano de Dios, que no puede ver tanta codicia y desgobierno en institucionas que son una representación terrena de su poder y su grandeza.

Pues, ¿cómo va a presenciar ni menos consentir con buenos ojos la justicia divina que el pueblo perezca de hambre y la familia y allegados del favorito naden en oro y argentería?

A cuarenta y cuatro millones de ducados, es fama que ascienden los derechos y sisas que cobra su excelencia.

Miren si no hay con ellos para mejorar un poco tanta miseria.

Mas el pueblo parece bobo; gruñe cuando siente los aguijonazos de la hambre, y luego que le engañifan un poco, saca de no se sabe dónde y regala a sus esquilmadores las minas del Perú.

El oro que suelen traer los galeones de Indias cuando por milagro de Dios logran escapar de los corsarios ingleses y holandeses y de los piratas tunecinos, no se piense que vayan a parar a las arcas del Erario, sinó que hinchan como zaques las faltriqueras destas insaciables sabandijas del Reino.

Pues anden con Dios, que no les queda a la zaga el bueno de Rodriguillo Calderón; pónganle donde haya, que de tomarlo ya hará él cuenta.

Para alguacil es la mejor simiente que se conoce.

Hasta el codo puede el bueno de Villamediana meter el brazo en el pozo de la sátira, y a puros golpes dellas no dejar cosa a vida, que Dios se lo aumentará y ya que no remedios ni satisfacciones, dará a la villa que reir.

Al fin esto es cosa que él hace con notable desenfado, y aunque todo el mundo sabe que ello ha de costarle pesadumbres que acaso le traigan que perder tanto como la vida, no está demás que estos gatos gubernamentales tengan su calderillo de agua hirviente que le escalde los lomos de vez en cuando.

***

Ya comenzaba a ponerse por el entonces el Sol en los hispanos dominios, que aquella claridad deslumbradora y constante que en tiempos del segundo Filipo alcanzara había empezado a debilitarse merced a las negras nubes del favoritismo y la codicia que emsombrecían la España.

El duque de Lerma no atendía a otra cosa más de su enriquecimiento y el bienestar de los suyos; que hombre amante del dinero, procuró lo primero acomodar a los parientes que había pobres, para evitarse el tenerles que socorrer después, y desta manera guardarse de compartir con ellos las pingües rentas de su ministerio.

Así mientras el abúlico, inútil y fanático monarca empleaba el tiempo en la molicie o en el recreo de la caza, el astuto favorito despilfarraba en su ren y aposentamiento, harto más lujo que el nieto de Carlos I.

Poca aprensión y menos respeto de su nombre tenía pues que su encumbramiento y riqueza habían por pedestal la codicia y el logro.

Para despistar un tanto la atención del pueblo que comenzaba a darse cuenta destas inmoralidades autorizadas, promulgáronse bandos y prémáticas contra el lujo, lo mismo en el vestir que en el servicio de casa, y cargáronse pesados tributos sobre el vestir, la vajilla y el mobiliario.

De esto veíanse naturalmente libres el duque y sus allegados.

La pobreza de la nación con ser ya, harta vióse más grave en apariencia, pues aquellos que podían, ocultaban notablemente su bienestar, por verse libres de rellenar los filtramientos que aquellos cortesanos ladrones con hábitos honrados hacían en las desvencijadas arcas del tesoro.

CAPÍTULO II

Comiénzanse de nuevo las sátiras del conde contra los más encumbrados prôceres.

A fe que viese el hombre más maldiciente e ingenioso que se fué. En los pocos días que lleva, ha héchose cargo de toda la mala marcha de las cosas del reino y tales saetazos ha tirado que andan todos escocidos y con muy pocas ganas de encontrársele con salud, que todos hacen votos por que se muera presto y del carbunclo que diz que es mala muerte.

De mano en mano corren unas coplillas que aunque pican que rabian he de dar algunas para que se vea hasta donde llegan el desenfado y la desaprensión deste hombre.

Apenas supo que el de Lerma, luego que acogiose a Capelo (porque vió que le falsea notablemente el terreno y le baila la cabeza poco segura sobre los hombros), fuese a su casa de Valladolid, desazonole a letras al frente de las cuales marcha esta con ínfulas de señora capitana:

El mayor ladròn del mundo
por no morir ahorcado
se vistiò de colorado.

—

«A aquel que todo robaba
con las armas del favor,
le han entendido la flor;
y aquel que atemorizaba
temblando está de temer;
que como se ve acusar
y el caso es tan sin segundo,
teme que le han de ahorcar,
y en aqueso ha de parar
El mayor ladròn del mundo.

—

La lisonja que volaba
derribó el rey al abismo,
y aquel que el mundo usurpaba
idolatrando en sí mismo;
en aqueste extremo acaba;
y viéndose acongojado
con tan enormes delitos,
se ha recogido a sagrado,
pidiendo la iglesia a gritos
Por no morir ahorcado.

—

Más no es bueno defender
quien la iglesia profanó
pues se la vimos vender,
ni la Iglesia ha de valer
a quien la Iglesia ofendió,
ni ha de valerle sagrado
ni el roquete arzobispal,
que al fin morirá ahorcado
aunque como cardenal
Se vistiò de colorado.

CAPÍTULO III

Todos contra el conde

Malas nubes previénense para las maledicencias del señor don Juanico que como contra todos cierra su pluma, todos están contra él y por ser hartos así en el número como en la causa que les aqueja, de temer es que le puedan y den con él donde no encuentre manera de salir triunfador.

A la postre esto acontece a los maldicientes por más gracia e ingenio que tengan, y es que con su mesmo punzante aguijón terminan por darse la muerte así propios.

Y más en este hombre, que lleva tanta hiel en sus diatribas y sátiras que

como de a cien leguas adviértese que no las dicta el noble afán de corregir sino el odio enconado y la terrible enemistad.

Quisiera yo (que no se porque téngole buena ley a este condesillo) que hubiera un alma hermana que hiciérale conocer la mala senda porque camina y le guiara por otra menos espinosa y estrecha, mas no hallase medio para que se corrija su excelencia, que ya a lo que parece tiénelo por condición y en estas cosas tan hondas no hay mano que pueda gobernar.

Y lo más notable es, que como suele decirse, todos advierten la paja en el ojo ajeno, pero no notan la viga en él propio, quiero decir, que cada cual aprendese y refuta los aguijonazos contra el prójimo y callarse los suyos.

Aunque bien es decir que como propálanse en guisa de inviolables secretos tardan algunos días en caer en oídos del satirizado.

Pocas veces responde con el ingenio y el desenfado que el usía emplea, sino con dichos que tienen más pesadumbre que pimienta y con amenazas y promesas pendencieras.

No falta quien cree que la mejor respuesta y más clara satisfacción está en los filos de un acero y estos no manejados cara a cara y por una mano noble como es uso entre caballeros, sinó por un rufián ajustado, el cual reciba su soldada luego de consumado su quehacer.

Y ya parece qne habrá pocas noches, volviendo su excelencia de casa de don Diego de Salazar hízose la primera intentona, sólo que el señor don Juan aparte de maldiciente, bravo y audaz parece que es precavido, y como llevaba el arma desenvainada bajo la capa, en dos molinetes tuvo a raya a los que le querían agujerear el cuero, con tanta saña y seguramente que por tan poco dinero, pues vale el conde mucho.

Diz también que todos estos enconos no solamente los traen las nubes de las sátiras sañudas y de las despiadadas gorjas, sinó que no es quien menos hace, un amor postergado, que fué en tiempos voraz y terrible llama que parecía no dar lugar a consumación en todos los siglos de los siglos.

No sé yo a decir verdad, que pueda haber de cierto o no en esto, que sé poco de las intrigas palaciegas, como no tengan eco por abajo en las *Losas*, que desdichadamente y sin esperanza de remedio alguno en mi puesto.

Dicen que hay cierta empingorotada dama cuyo nombre callo, (porque pudiera valerme cara la indiscreción que no en balde suelen barajarse altos personajes) que despechada por las mudanzas del señor don Juan, no es quien menos procura su perdición.

Diz que ello viene de antaño, no es cosa que el de la venda amañó ahora, que ya antes de partirse el de Tassis para Italia lo tenía bien hecho y diz que la honra de la tal quedó apuntada en el galante libro de las aventuras de su excelencia.

¡Miren lo que son mujeres y lo que urden y lo que traen!

Quéjase ésta, de que el que fué suyo ahora no lo sea, y en cambio ella no concede importancia al haber dado tregua a su martelo, por embocar en el matrimonio con un maridillo de buena boca, que como ya ella había cédula de mal casada, en cualquier tiempo pensaba hacer lo que tan mal sabía, y don Juan por repudia no consintió.

Vean en qué desalmado soneto pasando el otro día junto casa donde habitara la pécora, la echó en cara el oficio:

«Aquí vivió la *Chencha,* aquella joya
»por las hechuras *Caca;* este aposento
»fué tumulo del sexto mandamiento
»y galera en que Amor fué buena boya.
»¡Vive Dios que esta sala que le apoya
»centellas de lujuria arroja al viento!
»Esta trampa inventó su atrevimiento
»para jugar al hombre con tramoya.

»Desde aquella ventana, la insolencia
»de sus cabellos afrentó al Oriente,
»y en esta fué su vista una estocada.
»Mas, ¡oh cruel, a entrambos penitencia!
»hoy la casa es albergue a un pretendiente
»y la célebre *Chencha* está casada.»

***

Y claro es, que con tal saetazo, a más de por la ira del condal despego, está la tal que arde como yesca.

Y esto de los celos sí que téngola yo por la peor causa, que no hay en el mundo hierba venenosa que pueda hacer tantos estragos como ella. De mí sé decir, que si en la pelleja del conde me encontrara, anduviera con cien ojos, como dicen de Argos, y por lo que tronar pudiese haría examen de conciencia y acto de contrición.

Pero, ¿qué se le da a él destas cosas, si es hombre tan entero y echado adelante, por donde viene el peligro, que cuando no tiene persona determinada contra quien cerrar, arremete con un pueblo entero?

¿Puede darse más elocuente ni temerario ejemplo de lo que digo que aqueste soneto contra la ciudad de Córdoba, el cual es chismorrería nueva que hoy salió a la plaza, y esto a pesar de la prohibición que diz que tuvo de ir allá?

«Gran plaza, angostas calles, muchos collos,
»Obispo rico, pobres mercaderes,
»buenos caballos para ser mujeres,
»buenas mujeres para ser caballos.
»Casas sin talla, hombres como tallos,
»aposentos colgados de alfileres,
»Baco descolorido, flaca Ceres,
»muchos Judas y Pedros, pocos gallos.
»Agujas y alfileres infinitos;
»una fuente que no hay quien la repare,
»un vulgo necio y un Góngora discreto,
»un San Pablo entre muchos *sambenitos;*
»esto en Córdoba hallé, quien más hallare
«póngaselo a la cola a este soneto.»

***

Mucho será que no se salgan con las suyas y vaya él, cuando menos lo piense, a hacerle sátiras y coloquios al mismo Satanás.

Pedro Verger, el alguacil de Corte, pónese de todos los colores del arco iris en cuanto oye hablar de su difamador, y si en su valor estuviese como está en su ánima, no viviera el conde de aquí a una hora.

Mas oye decir, que dicen que Tassis tiene razón en aquellas cosas que le señalan de su mujer, y calla por no traer más gente con la protesta.

Los hijos de Jorge de Tovar, también andan rondando su venganza, y a fe que harto me temo que puedan ser aquestos quienes lleguen a conseguirlo, que a la verdad que el maldiciente ha puesto a la familia que parece moquero de acatarrado.

Yo en lo que a mí respecta, y aunque muy aficionado soy del conde, si diere con algún procaz y deslenguado que acumulara contra la honra de mi padre tantas impertinencias cuando no calumnias, cerrara contra él como pudiera, magüer que fuese a puñaladas si el caso apretado no diere lugar a razones.

A fe que para su excelencia todo el mundo es contrahecho de los ojos, pues que nadie le mira bien.

CAPÍTULO IV

Cuentos y chismes de la Corte.

No hay manera de que medren mis pretensiones y aún menos malo que Dios es servido de asistirme consintiendo que me cupiera en suerte un lote de ropas de unos bonos que esotro día repartió en las *Losas* la marquesa del Valle, cuando salió para su destierro condenada por no sé que acerbas injusticias metidas por malas artes en los ánimos de las reales personas.

Las ropas eran todas prendas para seglar, y así es que no valiéndome por mi condición de clérigo, las vendí, y como ellas eran harto razonables no me las pagaron mal del todo.

El rey, por agradar a su augusta esposa, no cesa de darle diversiones, y ayer tarde hubo una muy notable comedia en el Retiro, que fué un auto sacramental, que dicen: *No es humano quien no cree, o el más fiero centurión y justicia del cielo,* cuya obra débese a uno de los más ilustres ingenios de la Corte.

El concurso del público fué tan asaz numeroso, que al salir del Corral del Príncipe donde hubo de representarse con notable aplauso, fué asfixiado un pobre celador entre las apreturas.

Dicen que esta noche, a mitad della, ha muerto con toda solemnidad una menina de la señora reina, que llamaban doña María de Velasco, y que siendo ayuda de cámara ha muerto de no hacer las suyas, quiero decir que de cólico, aunque más bien puede decirse que por glotona.

Tan ancho era su estómago y por ende tan bestial la manera que usaba para llenarle, que comíase al día cuatro pollos de leche aderezados en diferentes maneras, quedándole aún muy buen lugar para acomodar más lastre.

Cenó anoche uno en un nuevo guiso que ahora ha poco han traído de Italia, sin contar los adherentes acostumbrados de conservas y substancias, que no dejó otras sobras que los huesos que por demasiado duros no podía hincarles el diente, y pasallos a la antecámara del estercolero.

A media noche comenzó a sentir el empacho, pero tan de veras iba la cosa que desde el primero momento vióse que no tenía otro alivio que la Extremaunción, y aún está por muy presto que se quiso traer no llegó a tiempo y se fué sin ella, con que vino a morir lo mesmo que vivió, como un animal.

Diz que tenía hecho testamento mandando no la enterrasen hasta pasados tres días luego de su muerte.

Y aquesto parece que era por temor a unos desmayos grandes y dilatados que solíanle atormentar.

Diz también, que deja asentado que la embalsamen y lleven su corazón al túmulo donde reposa su marido.

Válame Dios y como es cierto que es la señora muerte la mejor rasera y arregladora de los desquiciados que acontecen de por vida.

Aquestos dos que en el mundo andaban a la greña y tirándose a matar, agora cuando no son nada andan remedando a los amantes de Teruel.

¡Dios los perdone y el Demonio no los tome a cuenta!

De regreso a mi posada, iba yo taciturno y meditativo por la calle Mayor, cuando trajéronme a la realidad, dos hienas encarnados en cuerpos de hombres que de una tabernilla salíanse acuchillándose.

¡Tan ciegos venían que de no andar yo listo cayeran sobre mí, y aún me regalaran con algún tajo!

Otros cuantos de su ralea íbanles a la zaga, y los muy descomulgados, en lugar de tenerles y recomendarles paz, azuzábanles como a perros, apostando por cada uno.

A la postre todo finó con que el uno más diestro, y más fiera que el otro envidose dos palmos de hierro sin receta, con lo que le despachó del mundo sin que dijera ¡Dios valedme!

Dió a correr, más por pura casualidad, halláronse tres o cuatro corchetes, (y fué la casualidad dicha, que salían de otra taberna) y corriendo contra el matador le redujeron y le amarraron.

Llevábanle por la puerta del Sol a la cárcel de Corte, cuando al llegar esquina de la calle de las Carretas, el duque de Ciudad Real y el conde de Luna, que pasaban reconocieron en el preso al cochero que les servía, y poniendo mano a las negras, quitáronle de las garras alguacilescas.

Ahora andarán a ver de arreglar la osadía que aún siendo quienes son, no pienso que salgan muy bien y animados a hacer otra de la mesma marca.

Diz que para el jueves prepárase comedia en el Príncipe para mujeres solas, y tiene mandado el rey que vayan todas sin guardainfante porque quepan más.

Dícese que él acudirá con la reina desde las celosías y que tienen repletas más de dos docenas de ratoneras para soltarlos en lo mejor de la fiesta en patio y cazuela.

¡Válgale Dios a su majestad por divertido, que tiene humor y tiempo para estas niñerías y no le ha para solucionar mi pleito, que según ayer me dijo el secretario del Consejo, de no más que de su real firma habrá tres mortales años que está dependiendo.

También la querella contra el de Villamediana parece que no vá como el quisiera y se está preparando en secreto la mejor forma de desterrarle nuevamente.

CAPÍTULO V

En donde luego de otras cosillas, cuéntase el destierro de Villamediana.

Este día 15 de Noviembre de 1618, he de señalarle en el memorial de mi vida, porque he tenido una muy grande satisfacción, y aunque cierto es que ella no ha estado en el logro de mis instancias, es cosa tan al alma, que téngola por punto menos que el poder tornarme a mi tierra con mi beneficio.

Por el amplio y soleado patio de las *Losas*, procuraba yo matar esta mañana la crudeza de la estación, haciendo camarada con otro pedigüeño clerigüillo de Murcia, hablábamos de las nuevas corrientes y lamentábamos el mal logro de nuestros empleos, cuando vimos que hacia nosotros llegaban otros dos sacerdotes.

El uno alto, erguido, ya de alguna edad y de muy gallarda presencia.

En la siniestra parte del amplio y rico manteo que burlábase despiadamente de la pobreza de los nuestros, campaban las aureas aspas de la cruz de San Juan de Jerusalén.

El otro algo más bajo de estatura iba más descuidado así en la indumentaria como en el aseo y pulidez de la persona. Los ojos eran grandes y negros y un tanto extraviados, impetuoso el hablar, nerviosos los ademanes.

Así de como los ví; paramos en nuestro paseo y cuando ante nosotros cruzaban luego de habernos saludado respetuosamente como a colegas, fuíme para el más viejo y parándome delante habléle en este modo.

—Vuesa paternidad padre mío, me perdone si por acaso ofendo su modestia, pero tan aficionado suyo soy, que no querría salir de la Corte (y pienso que va para muy largo) sin la bendición del ingenio más grande que tiene España.

—Hermano—respondióme el tal con faz risueña y noble—yo no soy más de un sacerdote como vuesa merced, y si mi bendición no más se le antoja, téngala luego, pero a cambio de la suya.

—Venga como quisiérades—repliquele—que la bendición de Lope de Vega bien vale cuanto se pida.

Arrodilleme con toda humildad, hizo la señal de la cruz sobre mi nevada cabeza y apenas húbeme signado púsose él en guisa de penitente y dice la mia:

A fé que no me tuviera en tanto ni me emocionase como emocioné si el mismo Felipe III, hubiérase arrodillado ante mí en el Santo Tribunal de la Penitencia,

Besele la mano, ofrecióme su casa, que dijo que era en la calle de Francos, dijo al otro sacerdote: guiad amigo Solis a la secretaría de don Antonio y echando escaleras arriba desparecieron por un corredor.

Adviertan si no es poco para un español, parlotear mano a mano con el ilustre autor de *La Dorotea*.

El clerigüillo huertano que sacándole de su misa y de su olla no tenía entendederas para más, preguntábame después si aquel *compadre* era alguna dignidad de la Iglesia, y díjele el nombre ilustre, viva reliquia del Parnaso Español y quedóse tan llano como si le dijere Juan de las Viñas, pero al hacerle ver que era el mayor poeta y más insigne componedor de comedias que había en el mundo comenzó a decir:

—Ta, ta, quítese de ahí, hombre de Dios, y no mezcle esa gentecilla con las cosas santas, que cuando esa manía bellaca encarna en uno de nosotros, no entiendo sino que los demonios metiéronsele en el cuerpo y echáronle a perder. En la Iglesia había de haber más severidad y no consentirse estas carcomas, que Dios no quiere coplas sino oraciones, que hartas miserias hay porque rogarle y no andarse los señores curas, como ciegos, inventando farsas y comedias. Hiciéranme nada más que por un día Primado de Toledo, y yo le juro por los dolores de la Santísima Virgen, que arreglara todo esto.

No dióle tiempo a rodar más por la cuesta de las necedades, porque a este tiempo tornaban los señores curas, con el caballero que iban a buscar, que hallé no ser otro que el poeta don Antonio Hurtado de Mendoza, muy afecto al Príncipe de Asturias.

Todos al paso del Fenix se descubrían menos el clerizote murciano, que se encasquetó la teja hasta las orejas, por mejor demostrar su encono contra los poetas tonsurados...

Anoche a poco más de las once hallábase el de Villamediana en su casa de la calle Mayor, que no hacía mucho que llegara cuando fuele anunciada por su ayuda de cámara una visita urgentísima que no admitía demora de ningún género.

Vista la premura y recelando alguna pesadumbre, mandó que pasase luego quien quisiera que fuese.

Quedó en pie para recibir visita de tanto cumplido.

Hízose esperar un breve espacio que aunque corto ya comenzaba a causar impaciencia y enfado en el nervioso temperamento del señor Don Juan y apareció en la estancia no menos que el Alcalde de Casa y Corte Don Luis Pacheco, y según cuentan algunos pajes de la casa, diz que tuvo lugar el siguiente coloquio:

Don Luis.—Señor Don Juan, Dios os guarde.

Don Juan.—Señor Don Luis, El venga con vos. Entrad, hacedme la merced de tomar asiento y decidme en qué puedo serviros.

Don Luis.—Harto, me pesa señor y amigo y bien saben el santo del día y el angel de mi guarda que diera años de mi vida por excusar este momento.

Don Juan—¿Tan apretado és?

Don Luis.—Desagradable nada más, a lo menos por ahora y para mí.

Don Juan.—¿Venis, pues, a prenderme?

Don Luis.—En nombre de S. M.

Don Juan.—Pues aquí me tenéis, haced de mí como tengáis orden. Pero antes quisiera saber la causa que pudo motivar esta resolución.

Don Luis.—Creo que la crudeza de vuestras sátiras; pero vamos, abajo espera mi coche y quizás en el camino pueda hablaros con más claridad que aquí.

Don Juan.—Pero...

Don Luis.—Cumplo órdenes superiores.

Don Juan.—Permitidme al menos.

Don Luis.—¿Qué?...

Don Juan.—Que me despida de mi mujer y mande que me preparen alguna ropa.

Don Luis.—Con todas las veras de mi alma y como soy cristiano que lo siento, pero no puedo daros licencia para otra cosa que para echaros una capa; en lo demás no paseis cuidado, que veréis a vuestra esposa, y se os llevará la impedimenta que os haga falta y tengais por costumbre.

Don Juan.—Esto es lo que os mandan hacer conmigo?

Don Luis.—En nombre del rey.

Don Juan.—Pues hágase la real voluntad.

***

Tomó don Juan la capa que poco antes al llegar de la calle arrojara sobre el respaldo de un sillón, calóse el chapeo, calzóse los ambarinos guantes, y

—Cuando gustéis—dijo a su aprehensor disponiéndose a salir, más este sin moverse del sitio en que hallábase como si hubiéranle clavado al suelo preguntóle:

—Mas, ¿no lleváis espada?

—Pesiamí—replicó el conde—. ¿Os burláis?

—Dios me libre.

—¿No me lleváis preso?

—Sí, más en lo que llegamos donde habemos de ir, y puesto que como amigos vamos, si queréis podéis llevarla.

Sin replicar más el de Tassis tomó el primoroso estoque de contínuo llevaba, y le prendió en el tahalí.

Un viejo criado fué descorriendo tapices y abriendo puertas por donde cruzaban rápidos y silenciosos el justicia y el preso.

—¿Os aguardo, señor?—preguntó humildemente el fámulo.

—No—respondió grave don Luis de Pacheco.

—Mas, si la señora condesa pregunta que dónde fuísteis ¿qué le podré responder?

—Que salí por orden de Su Majestad.

—Más preguntará que a dónde hubo de ir a tales horas—, replicó impertinente el criado más curioso que interesado, y volviéndose brusco Su Excelencia que si no se aparta el preguntón hubiera tenido que sentir, respondiole:

—¡Al infierno! ¡Imbécil!

Llegaron a la calle, y en la puerta esperaba un coche de camino, tirado por dos troncos de mulas.

Escoltábale un piquete de guardias de la lancilla.

Subieron entrambos, primero Tassis y el Alcalde dió orden de partida.

En la quietud de la noche, los pesados herrajes del carromato, sonaban sobre los guijos enlodazados de la calle, como un tren de artillería.

***

Y diz quien presume de haberlo oído y fué el cochero, (que por esto no es bien que estén los pescantes donde están, que no se pierde palabra y así no puede haber cosa secreta entre los señores, que así como se alejaron obra de tres o cuatro leguas dijo el señor don Luis:

—Aquí acaba mi misión con vuecelencia. Como ve, no va preso, sino desterrado, en veinte leguas enredor de Madrid, Salamanca, Córdoba y otras ciudades en donde hubiese audiencia del rey. Ello va apercibido con pena de la vida. Vuecelencia verá si entra en sus cálculos obedecer o no. Dos parejas de lanzas déjole por escolta hasta Sigüenza: yo con las otros me torno ha-

cia la corte. Y ahora, que Dios le dé suerte, salud y paciencia para sufrir estas cosas.

Muy afectuoso despidióle don Juan, y montando don Luis en uno de los caballos que traían los soldados a la mano, partieron el camino...

Parte segunda

CAPÍTULO I

En que se da noticia de la muerte del rey.

Agora sí que veo tan perdida mi causa, como lo fué aquella armada invencible que mandaba el segundo Filipo a pelear contra Inglaterra.

En la madrugada de hoy, 31 de Marzo de 1621 ha tenido el triste desenlace que se esperaba, la vida de Su Majestad.

Con esto cambiarán próceres y magnates sus ascendencias y destinos y mi pretensión quedará sin efectos aunque bien pudiera el Señor disponer un milagro haciendo que en este revuelo viniera algún alma justiciera que no me dejara de la mano.

De poco han servido procesiones y rogativas por la salud del monarca, ni traer y llevar hasta Casarrubios el preciado cuerpo del glorioso San Isidro, que bien se ve que a Dios no convenía que se obrara prodigio alguno, que viendo en qué descuidadas manos estaba España, sin duda que pensó: «Mejor se está sin rey».

Y qué bien recelaba su augusto padre cuando ya al borde del sepulcro, y hecho una inmunda pestilencia, dijo viéndole tan mozo y tan débil:

«Y como temo que me le han de gobernar...», que así ha sido.

Todo el tiempo que asentó en el trono no fué más que escarnio, juego y mofa de sus favoritos los duques de Lerma y de Uceda y del ambicioso e intrigante P. Aliaga.

Por cierto que ahora cuéntanse cosas infamemente peregrinas del penúltimo, a quien pienso que Dios ha de acabar de mala muerte, por hijo desnaturalizado.

Su padre, el cardenal, parece que había pensado en él para descansar de las trapacerías de su ministerio y llevóle a Palacio, pero este entróse de tal manera y tan presto en el ánimo del monarca, que no tardó en desbancar a su padre y hacelle la contra, y se dice que más de dos veces, y en la misma regia cámara, hubieron de sostener violentísimas escenas el padre y el hijo en las que faltó poco para que dieran el monstruoso espectáculo de venir a las manos.

Al fin venció el de Uceda por entero en la voluntad del rey, y salió desterrado para sus posesiones de Lerma el favorito en desgracia.

Diz que ayer noche, en un momento de lucidez, quiso el moribundo soberano reconciliarse con sus enemigos, para tener en ellos un montón más de rogativas por la bienaventuranza de su alma luego de que dejase este mundo pecador, y mandó que le llevasen una lista de todos los que padecían pena de destierro.

Hízose como mandaba y el mismo Uceda escribió los nombres de todos, entre los que por indicación del P. Aliaga puso el de su progenitor.

Presentóles al rey.

Este pidió una pluma, y conforme iba pasando los ojos por ellos, tachaba el renglón, queriendo decir con ello que perdonaba al que fuese.

Pero he aquí que no había llegado a la mitad cuando acometióle un desmayo y cayeron de sus manos pluma y papel sin haber dado por finalizada la piadosa obra. Así es que los que estaban sin tachadura, interpretóse arteramente que no habían merecido la gracia del monarca; el último nombre de todos era el del duque de Lerma.

Nunca creyera que pudiese haber en el mundo tan monstruosa enemiga contra su padre, que aunque este hiciere todo género de bellaquerías contra

un hijo (caso que en esta ocasión dábase muy al contrario), jamás había de germinar la semilla del rencor en el pecho del ofendido, porque fuera (y así ha sido en esta ocasión), como maldecir de su sangre, y por ende no tenerse como bien nacido.

Diz que mañana trasladarán la regia carroña al panteón del Escorial, y ya hoy han comenzado los preparativos, que no hay pie ni mano que sosieguen dentro del Alcázar.

Valiéndome de la amistad que hice con un secretario de sala, subí este mediodía a ver el cadáver y rogár a Dios porque le dé eterno descanso, aunque si tanto da en descansar allá en el cielo como acá en la tierra, no pienso que haya justo más reposado en toda la corte celestial.

Tiénenle puesto en la capilla, sobre un rico túmulo, al que bien pudiera aplicarse el magnífico soneto de Miguel de Cervantes.

Por la altura en que está no alcanza a verse el cuerpo, y únicamente asoma un poco el perfil y las manos cruzadas sobre el pecho, en las que sustenta un primoroso Crucifijo de plata.

Todo el templo está cuajado de paños negros y solamente alumbrado por los blandones que rodean el túmulo, los cuales están embutidos en maravillosos candelabros de plata labrada, de doce brazos cada uno.

Velan continuamente los monteros de Espinosa.

***

Fué hoy el entierro de Su Majestad. No hay para que me canse en asentar aquí cómo y en qué manera hubo de llevarse a cabo tan triste acto, pues que notables ingenios y celosos coronistas tiene la corte que dejen escrito tan importante capítulo para la historia de un reinado, como es aqueste en que trate de las exequias de su monarca.

Diz que el nuevo soberano es más activo y emprendedor que su padre.

Espéranse dél grandes iniciativas, que redunden en beneficio y prosperidad para la nación.

Dios lo haga y no le deje ni nos deje de su divina tutela e inspiración, que bien lo habemos de menester sinó es que queremos todos los españoles que nos lleve la trampa.

Diez y seis años cuenta el joven príncipe, y desde há seis está unido en matrimonio con la princesa doña Isabel de Borbón, hija del cuarto Enrique de Francia y de su segunda esposa María de Médicis.

Cierto, que la nueva reina es la más peregrina hermosura de la Corte española.

¡Dios la bendiga, que bien vale nación tan hidalga soberana tan magnífica!

Dícese que con el cambio de rey alzarase mucho la mano con la gente patricia que cayó en desgracia durante el otro reinado, y también se asegura que muchas de aquellas altas torres que amenazaban con tocar el cielo, ya comienzan a resquebrajarse y hay muy serio peligro de que se desplomen.

Diz que la gran fuerza que les está minando llámase don Melchor Gaspar y Baltasar, Núñez de Guzmán, Conde-Duque de Olivares.

CAPÍTULO II

Comienzos del nuevo reinado y preliminares del fin de Villamediana.

¡Válame Dios!, y cómo viene de perilla a mis tristuras aquel refrancillo «De donde no hay harina todo es molina.»

Más de dos meses ha tenídome tullido en cama un desalmado reuma, de que aún no me encuentro libre, sinó que ando como Dios quiere y no quiere bien. Aún menos malo que el posadero fué hombre caritativo y mirando la desgracia que tan sañudamente ciérnese sobre mí, no consintió que me sacaren de su casa para llevarme a un santo hospital, como yo pedía.

—Aquí se estará, padre, me dijo y no se desespere y tenga paciencia que con la ayuda de Dios, y un poco de buena voluntad de parte de todos nosotros; todo se arreglará. Ya sé que su paternidad es hombre de conciencia, y no he de abandonarle, que yo también las he pasado muy negras en el mundo, y me ha sabido muy bien hallar un alma caritativa que me diese la mano.

Como soy cristiano, que aunque viviere eternamente no he podido olvidar este rasgo.

En lo posible paguele enseñándole las letras a un muchachico muy despabilado, y tal interés puso el diablejo del rapaz que ya lée mejor que un escribano.

Parece que en esta brevedad de tiempo han acontecido más cosas que otras veces en el transcurso de un siglo. Tal están los tiempos de revueltos.

Como consigné en el papel anterior, abriéronse las puertas del destierro para algunos perseguidos, pero no cerráronse de nuevo, sinó que continuaron de par en par hasta que de acá salieron otros a ocupar los puestos que aquellos dejaban.

Diz que son entre otros menos notables de los que han venido por la amnistía de la coronación, el almirante de Aragón, el marqués de Velada, don Pedro de Toledo y el famoso don Juan de Tassis.

Parece que el duque Cardenal, aún como supo que estaba la puerta franca corría hacia aquí con el ansia de entrarse de rondón, y si pudiese a tornar a cojer la sartén por el mango, pero a lo que se vé no está el de Olivares para *cardenales* desta especie que pudieran gangrenársele; y apenas se enteró del viaje, ganó la voluntad del rey y envióle a su ilustrísima que ya estaba a más de mitad de camino, el oidor del Consejo real don Alonso de Cabrera, con órdenes de que se retirase a Valladolid hasta que su majestad fuere servido de mandárle otra cosa.

Con lo que el olvidado favorito parece que ya perdió toda esperanza de volver a ser quien fué, como procuraba.

Todos los demás han entrado con los mismos honores que disfrutaban cuando se partieron.

Villamediana, que diz que ha parecido muy bien a madama Isabéla, ha sido nombrado su gentilhombre, y repuesto en su antiguo cargo de correo mayor.

Su ingenio ático, parece que es muy bien recibido de las augustas personas, y entre el monarca y él han cruzádose muy donosas composiciones, que es fama que también al nuevo rey entiéndasele muy lozanamente de achaque de rimas, y antes le parece mejor una Academia de poetas que un Consejo de Estado.

Ahora que el tal usía vese en alto y tan por los suelos a los que tres años atrás estaban por las nubes, dijérase que maneja la enconada sátira con más crueldad y acierto de la que había por costumbre. Ahora no ve ya en lontananza el destierro y así no hay freno que valga a contenerle.

Cada infelice que sale de los límites de la corte por la desgracia del rey, lleva como cédula o pasaporte la consiguiente diatrila del señor don Juan.

En esto paréceme que hace harto mal su excelencia por delincuentes que fueren los zaheridos; al fin y al cabo bastante pena tienen con haber caído en desgracia, y arrastrar su humillación ante las mismas gentes que antes fueron testigos o víctimas de su despotismo.

Diz que han sido famosas las fiestas de la proclamación del nuevo soberano, y que en su panegírico y encumbramiento ha empleado don Juan tan diestramente la péñola, cual sabe hacer uso della en los vejámenes.

¿Por qué no le tocará Dios en el corazón y se arrepentirá de tan terribles burlas, demás que entiendo yo (aunque bien se me alcanza que es cosa de todo punto imposible por ser muy humano) que nadie había de señalar las faltas y defectos de los otros sin reconocer y corregir antes los suyos...

A la postre, a los 21 de Octubre, inauguróse el capítulo de injusticias des-

e reinado, con la muerte en patíbulo de don Rodrigo Calderón. (Lamentable suceso que tampoco presencié y dello me huelgo.

Diz que ha muerto muy distinto de como vivió y en todo arrepentido de su pasado.

No sé porque me parece que este proceso, más que la primera justicia del cuarto Austria, ha sido la primera infamia, pues que a este hombre, para hacelle caer dentro de las leyes hásele achacado la muerte de aquel alguacil Francisco Xuara, que a buen seguro que no cometió, pues sí sólo ahorrárasele el vivir, por abusos de mal gobierno y filtraciones de los fondos del Estado díganme sinó había de estar la mayor parte de los ministros del mundo, los que no ahorcados, puestos en capillas.

No sinó pongan los ratones donde haya tocino, y esperen a ver si se dedican a la vida contemplativa.

Como acordaríase el infelice marqués de Siete Iglesias yendo para el Cadalso, de que ya le profetizó Villamediana tan mal fin aquella tarde que tuvo en la Plaza Mayor unos pesadumbres con el teniente de la guardia española, don Fernando verdugo.

¿Pendencia con Verdugo en la Plaza?
Mala señal, *por cierto te amenaza.*

CAPÍTULO III

Donde se da cuenta del secreto diálogo que cierta mañana tuvieron dos altos palaciegos y en el que se vè que Villamediana, camina rápidamente hacia su lamentable fin.

No habrá dos dias que hube necesidad de avistarme con un secretario del nuevo privado de quien por medio de una carta que me facilitaron del Marqués del Carpio pude conseguir tanta merced, con lo que parece que mi pretensión ya a punto de acabar en el otro reinado, daba en aquesto un regular avance.

Para ello hube de aguardarle en una sala de la secretaría de Cámara y a fé que no hube ocasión para aburrirme, pues sin procurarlo ni apartarme del asiento que tomé al entrar, vine a tener conocimiento de muy transcendentales sucesos.

La sala es sombría y espaciosa, dá un patio y como toda ella está profusamente colgada de aquellos ricos tapices que el señor Duque de Alba trajo de Flandes, no puede entrar allí la luz con todo su esplendor.

No dijérase sino que las tinieblas que llevamos a aquellas alegres campiñas no habían querido tener reflejo en sus lagos y habíanse vuelto a España escondidas entre el cordoncillo y nudos de los dichos tapices.

De hacia un ángulo del aposento, oiase este coloquio sostenido por dos hombres:

—Ello es cosa que por la parte del Conde no deja lugar a duda de ningún género. Y créame vuesamerced, que aunque en lo que atañe a la Reina, no haya peligro alguno, sino aprovechamos esta ocasión para acabar con Tassis, jamás lo podremos conseguir. Ahora está muy metido en Palacio.

—Naturalmente, para el logro de sus bastardas pretensiones.

—Y bien quisto del rey...

—Será por aquello que dicen que el marido es el postrero en enterarse.

—Y del mesmo Olivares a quien otras veces asaetó con tanta saña como en el otro reinado hízolo con duques de Uceda y Lerma.

—Pues conformes en que hay que alimentar mucho esta especie.

—Llegado a oidos del rey aunque solo sea por cortar la murmuración, no tardará en borrar del mundo de los vivos a Don Juan de Tassis,

—Y Dios haga que ello sea pronto, que a fé que con él no hay vida tranquila.

—Ni honra segura.

—Quien esto cuenta muy donosamente salpimentado a todos los que quieren escuchárselo...

—Ya lo sé, es D.ª Francisca de Tabora.

—Dama de la Reina.

—Justamente.

—Pero no sé yo hasta qué punto y en lo que a S. M. atañe puedan tomarse esas afirmaciones.

—¿Por qué?

—Vuesamerced no sabe por acaso, que antes de partir el conde para su último destierro, era la Tabora su amante.

—¿Esas tenemos?

—Y cuando ahora llegó a la Corte nuestro hombre, sin duda que parecióle que los años transcurridos habían restado encantos a la espléndida doña Francisca, y desembarazóse un tanto bellacamente de aquel querer que durante la ausencia había sostenido la dama con tanto fuego como antes de separarse.

***

He aquí, pues, que desprendidos de las explícitas y secretas declaraciones de aquellos dos enemigos de Villamediana, pueden desprenderse los siguientes sucedidos contados y llorados por la mencionada doña Francisca de Tabores.

Y a lo que parece la ofendida dama tenía en contarlo el paño de lágrimas consuelo de su grande dolor y venganza de su agravio.

CAPITULO IV

En que prosigue el anterior en forma historial y como es de presumir que haya acontecido.

En achaques del corazón ya es sabido porque es como una ley fatal de la vida que no intervienen para nada rangos ni edades y porque úrdense y amañau los más extraños idilios y amancebamientos que es dado imaginarse.

Y asi parece que aconteció en este caso, la gentilísima hermosura de la hija de Enrique IV, y la notable arrogancia e ingenio de Don Juan de Tassis se han compenetrado y a pesar de la distancia de clases, Amor, padre de la humanidad los ha llamado a su reino.

Sin embargo parece que la soberana más prudente o más calculadora dándose exacta cuenta de su importante papel en la comedia humana, no arriesga su honorabilidad y sólo parece que compromete su corazón.

Pero don Juan no quiere aquel amor de otra manera que engarzado en todas las dulces consecuencias que suele tener tan atrevido infante y cuando los celos del marido le acucian o el despecho le hiere, no muestra reparo alguno en ser imprudente y publicarlo mal rebozado en ingenio.

Muchos días ha que Doña Isabel anda recelosa, temiendo que las osadías del conde, caigan sino en el rey (porque este muy bien entretenido fuera de Palacio, permanece ciego, sordo y mudo a todo y más que a nada a los asuntos del Estado) en la maledicencia palaciega y haya muy graves sucesos que lamentar.

Si ella tuviere suficiente entereza para cortar aquel idilio...

—Y hubo un día en que al tornar de una fiesta religiosa, viniendo ella sola en el coche, Don Juan que servíala de caballerizo estuvo tan imprudente que desde luego pensó en poner término a situación tan difícil y comprometida.

—Apenas lleguemos a Palacio—le dijo—habemos de hablar; id haciéndoos

cuenta, de que he determinado, que quiero, que ordeno, que sea la última. En la galería de la antecámara que da a la Vega os estaré esperando. Haced un poco de tiempo, pero no tardéis mucho...

Asintió el conde con una ligera inclinación, y parando el caballo en firme al mismo tiempo que hacía lo mismo la carroza, pues habían entrado en el zaguán del Alcazar, saltó a tierra y acudió a rendir los honores debidos a su dos veces reina.

Apenas entró la soberana en su cámara pidió quedarse sola.

Las damas retiráronse extrañadas, pues aquella hora solía Su Majestad emplearla en agradable y casero esparcimiento con todas ellas.

Gustaba de que la contasen las hablillas y murmuraciones cogidas en los mentideros de la corte, las galantes historietas de las damas que andaban por los platónicos campos de Cupido y aún más allá por los verdes y aun escabrosos de su madre Venus.

No era cosa que le asustara ni diérale motivos para ruborizarse como una novicia, el saber que tal doña Fulana, que pasaba por la virtud más irreductible, andaba en hocicamientos con tal cual pajecillo imberbe o estotro grave consejero.

En la corte del rey su padre, esta clase de historietas, no ya solo acostumbraban a referirse sin rebozo ni escrúpulo alguno, sino que luego de sabidas, procurábase presenciarlas para comparar la distancia que había de lo vivo a lo pintado.

Demás que ya el rey su esposo, era muy buen introductor en palacio destas cosas.

Y como digo, aquella tarde no quiso sesión de picardía.

Licenció a todas.

Miguelico Soplico y Agustinica Velasco, sus enanos predilectos, llegáronséla haciendo mil bogigangas y zalemas, y a entrambos los despachó arrojándoles a los pies no sé qué golosinas conque habíanle regalado las señoras monjas.

Y arrimando un taburete junto a una amplia ventana dispúsose a esperar.

Y mientras esperaba contempló la solemne puesta del sol allá por las cumbres del Guadarrama.

Así, mansamente, con aquel plácido sosiego ansiaba ella que pusiérase el sol de su querer, sin pena ni gloria, con mucha paz, con la paz geórgica de los valles tranquilos que ven pasar la vida ante ellos sin sufrir otra mudanza que la rápida visión de las cosas que se reflejan en la mansedumbre de sus fuentes escondidas...

Y don Juan, muy a pesar suyo hubo de retener el momento de subir a escuchar la voz adorada de la dulce enemiga de su alma.

Primeramente hubo de atajarle un secretario de la estafeta para firmar la entrega de unos pliegos que en la posta de aquella mesma noche habían de salir para el virrey de Nápoles.

Ello era cosa, que por ser urgencia imprescindible de su alto cargo no había medio de retener un solo instante.

Dejaba ya cumplida esta misión y ponía el pie en el primer peldaño de la escalera de damas, cuando topose con doña Francisca de Tabora que venía hecha una furia encelada.

Paróse en firme y le llenó de insultos e improperios.

Remitieron su puesto los rencores a los llantos y a las súplicas.

Hubo evocaciones del venturoso pasado, cuando el que suplicaba era él, y ella quien mostrábase esquiva y zahareña, pero al fin cayó y todo fué ventura y alegría y eróticos poemas de amor.

—Sé que vais donde ella está—plañía entre lágrimas y amenazas la infelice dama—; se que ella os espera. Sé que los dos sois infames, que los dos sois perjuros. A mí no puedes engañarme, porque os he sorprendido más de

una vez por las frondosidades del Buen Retiro, y por los laberintos destas galerías, y no tuve valor para acusaros; pero si ahora das un paso más hacia donde te aguarda, juro a Dios que al son de trompetas y tambores harelo publicar como un edicto.

Disculpábase Villamediana, y esforzábase por convencerla con la mentira, y hasta llegó a amenazar y a insultar y aún a escarnecer.

Al fin con un empellón violento pudo apartarla... pero la triste sufrió tan cruel paroxismo que hubo don Juan de acudir a sostenerla, que si este auxilio no prestase a fe que cayera redonda al suelo.

. . . . . .

Doña Isabel continuaba mirando como el sol se dormía.

Detrás della sintió el leve rumor de unos pasos que apenas querían tocar el suelo.

Doña Isabel sentía sobre su divina nuca el hálito del que llegaba.

No quiso volver la cabeza.

Unas manos juguetonas posáronse amorosamente sobre los ojos.

Doña Isabel exclamó entre enojosa y amoría:

—No es la ocasión apropósito para burlas. Estaos quieto, conde.

Las manos cedieron.

La reina miró al galán.

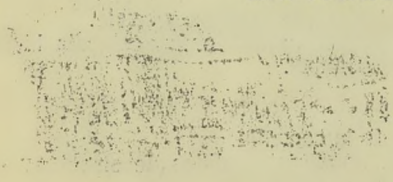
Y el galán era el rey.

—¿Qué conde esperábais?—preguntó con una calma terrible en la que agazapábanse todas las violencias.

Y doña Isabel respondió maestramente envolviendo su faz en una plácida sonrisa.

—Al de Barcelona. ¿No sois vos conde de Barcelona?

CAPÍTULO V



La jornada de Aranjuez «La Gloria de Niquea», comedia que D. Juan de Tassis compuso «alevosamente» para festejar el cumpleaños del rey.—Una piedra más para el monumento funerario que él mismo iba construyéndose.

Apenas Febo ha visto llegado el tiempo natural de su regencia y ya quiere gobernar con todo el rigor que tiene por costumbre desde su estrado del Agosto.

Madrid arde, y aún no entró del todo el mes de Mayo.

¡Vive Cristo, qué bien supo darnos el pego el mes de Abril, que no parecía sino hermano gemelo del helado Diciembre. Tanto, que queriendo doña Isabel festejar el santo de su augusto esposo (que por la gracia de Dios es el 8 de Abril), con una comedia de circunstancias, compuesta para el caso por el conde, húbose de desistir por la crudeza del tiempo, pues la tal pieza alegórica había de representarse en el Buen Retiro.

Pero ahora parece que Mayo dió licencia para todo, y echada para allá la Corte comenzaron los preparativos de tan notable festejo.

La comedia es de grande apariencia y espectáculo, y parece que ha de ser la mejor presentada de cuantas van hasta el día, pues ha de hacerse con un artificio nuevo construído exprofeso por el ingeniero capitán Julio Fontana, superintendente de las fortificaciones de Nápoles durante el tiempo que por aquellas tierras hubo de estar Villamediana.

La reina está muy consentida en que este festival llegue a celebrarse con toda la grandeza y ceremonia acostumbradas en las cosas de Palacio, y ella misma lo dispone y dirige como el más experto y examinado autor de comedias.

No han de representarla comediantes de oficio, sino todas personas de la más alta nobleza, y no entrará en ella más hombre que el bufón Miguelico Soplillo.

La misma doña Isabel tomará parte (aunque su papel no tiene palabra ni recitado alguno), representando la diosa de la hermosura.

Las damas están tan gozosas y bien empaquetadas en su nuevo oficio, que parecen comediantas formales según lo mal que hablan las unas de las otras y lo mal que se saben los papeles.

Don Juan, que ha encontrado esta ocasión para estar cerca de su imposible querer, no sale de Palacio y todo se le vuelve pasar el día ensayando la aparición de la hermosa deidad.

Por cierto que con ello da ocasión a mil impertinencias y todo ha de venir a declarar el juego, que como hombre presuntuoso y pagado de su estampa no sabe hacer sino dice, que es de los que afirman que las aventuras no saben bien sin la salsa picante del escándalo.

Desta comedia, *La Gloria de Niquea,* suele decir:

—Es la primera y la única que ha salido de mi pluma, pero acaso ella sea la que me dé la inmortalidad.

Y una tarde, durante el ensayo, al tiempo de tomar la mano bella de doña Isabel, para ayudarla a bajar de la carroza en que ha de presentarse, alguien ha oído decir a Su Majestad en tono de amoroso reproche:

—¡Que me lastimáis! Por Dios, tened juicio. Estas locuras vuestras han de darnos que sentir.

Y el tal dicho ha corrido por todo Aranjuez, pero en secreto. Las damas sonríen. Los caballeros tosen. La Tabora rompe abanicos y escribe billetes que rasga sin enviarles a su destino. El rey juega y corrige escenas de unas comedias suyas que le están escribiendo Villaizán y Hurtado de Mendoza. El conde-duque atúsase el boscaje que luce por bigotes, y se ríe.

Velez de Guevara y el Diablo Cojuelo, planean una comedia histórica en que han de moverse todos estos personajes.

***

Llegó al fin la anunciada tarde de la comedia.

Toda la Corte y todo Aranjuez andaban perdidos de emoción, que para otra cosa no teníase vida sinó era para conllevar el júbilo.

Aún los negocios de Estado suspéndense hasta que pase la fiebre escénica, y no es cosa rara el ver a un amanuense corriendo tras un secretario, diciéndole:

—Mire, señor, que ponga la firma en esta minuta, que ha de sustanciarse mañana y es asunto de muy grande urgencia.

Y responder el secretario como si le pincharan en lo más sensible del honor:

—Bellaco, dad gracias a que estoy de prisa, que sinó ya vos diría quién es Calleja. ¿Pensáis que se está un hombre para niñerías de firmas con este desasosiego?

Poco más eran de las cuatro de la tarde, cuando en el jardín que dicen de la isla comenzóse con toda solemnidad la comedia del conde.

Bien iba y con sus primeros pasajes, aunque mal entendíanse por la incivilidad del verso culterano, solazábase muy bien el nutrido ateneo.

Las complicadas apariencias y enrevesados artificios (casi tanto como el lenguaje), eran cosa que tanto despertaba la admiración, como nunca vista, que a todos tenía con el alma en los ojos.

Ya había pisado las tablas doña Francisca Tabora, quien para mayor tormento de sus celos tomaba parte simbolizando al mes de Abril y ya doña María de Gmzmán, lindísima hija de los condes de Olivares, en faz de Diana cazadora, había recitado muy donosamente su parte, y la hermosa y etiópica

azafata de la reina había cantado con su prodigiosa voz aquel romance, que es el mejor fragmento lírico de toda la obra:

«Yo soy en opaco bulto
y en oscura confusión,
con manto de estrellas, noche,
negra imagen del temor.
«Soy cómplice tenebroso
de cuantos hurtos Amor
no fía de las auroras
y esconde a la luz del sol.
Amadís, duerme seguro;
duerme, que en el sueño, no
puedes temer los peligros
desta encantada ilusión.

cuando al aparecer la soberana sobre su carro triunfal comenzó a arder toda la escena, y no quedó cosa en pié.

La confusión fué grandísima y nadie miraba a otra cosa que ponerse en salvo, sin cuidarse grandes ni pequeños de auxiliar a sus reyes.

Del rey no parece que se ocupara alguien; de la reina... apenas iniciado el fuego viósele desparecer en brazos del amoriado conde, que acudió a ponerla en sitio seguro, tanto que no la hallaron hasta mucho después, cuando no faltaba quien temiese que hubiese perecido abrasada. Y puede que al receloso no dejárale de asistir razón.

***

Momentos antes de comenzar la fiesta en un rincón apartado del jardin, Villamediana y un paje sostenían este diálogo:

—¿Olvidaste la lección?

—No, señor.

—Bien, ya sé que eres hombre para un caso delicado. Ya sabes, ni un momento antes, ni otro después, en el preciso instante de aparecer Su Majestad, prendes la tela, ya sabes como pago y ya sabes como castigo.

Oyéronse hacia aquella parte risas y voces femeniles y el breve diálogo quedó allí.

. . . . . .

Y cuando la confusión era más grande que nadie se veía ni se entendía, por los más ásperos senderos del jardín corría un caballero con una dama en los brazos.

—El fuego de mi corazón que no otro alguno es quien incendió el teatro—decía el galán—y como pavesa divina vos trajo a mí; dos veces reina, de mi vida y de mi patria.

—¡Ay Conde! que nos habemos perdido, decía ella—. Pobres de nosotros.

—Pobres, no; felices, porque nos amamos.

Cerca sonaron voces, de

—Aquí está la Reina.

Y más chillona que todas, la del bufón Miguelillo que decía:

—¡La salvó Villamediana!

CAPÍTULO VI

Después de la quema

Desde el punto y hora en que la Corte tornara a Madrid comenzó a correr por toda la villa el olor de la chamusquina de Aranjuez. Y más intensidad dijérase que había que a raiz de acontecer la desdicha.

La reina, apenas hallaba hora en que mostrar diáfana, su belleza espléndida, sin sombra alguna de preocupación, y en lo que al rey hace más taciturno y sombrío solía estar que acostumbrábale a su devoto abuelo.

No así el de Olivares, a quien la satisfacción parecía salírsele por los poros, pues con estas intrigas que su hada la fortuna preparábale y otras que el sabía muñirse muy bien, iba alcanzando el dorado logro de sus egoistas aspiraciones.

Dijérase que a Don Juan de Tassis habíale embestido el amarillento mal de la ictericia, que diz que es la flor de la melancolía.

No se le veían más de los ojos y a aquella pulidez conque denantes solían se peinar bigotes y melenas ahora, ha sustituido el desmayo y lacitud del sauce.

No dejaba día sin acudir a su despacho, pero sin detenerse ni bromear con los cortesanos y únicamente acompañábale alguna que otra mañana el beneficiado de la mezquita cordobesa don Luis de Góngora.

Viéndoles a entrambos graves y silenciosos, convidaba a pensar que era el conde ánima en pena que hubiere sacado el insigne clérigo y como cosa maravillosa traíala a presentar ante Sus Majestades.

Con mucho calor comentábase en todo el Alcázar, desde los aposentos de los mozos, hasta en las regias antecámaras, que volviera el de Tassis a la regia mansión, y no faltó quien recordara que por harto menos que la de Aranjuez hase dado otras veces, muerte a mucha gente de campanillas.

En fin, que todo palacio era como revoltillo de personajes que en el meollo de un grande ingenio comenzaba a planear una gran tragedia a la manera de aquellas que inmortalizaron el teatro helénico.

Bajaba una mañana el Rey a tomar el coche que había de conducirle al Pardo, donde tenía determinado distraer el malhumor con el noble ejercicio de la caza, cuando al cruzar por el salón de reinos salióle al paso Doña Francisca de Tabora, quien arrodillándosele delante y con voz muy alterada ya por la emoción, ya por el despecho, dicen que le dijo:

—Señor, deme Vuestra Majestad las manos para besárselas y mire que quiero que me de su licencia para apartarme del servicio de la señora Reina. Nuestro Señor me niega la salud y más que para servir, quieren mis achaques que esté para que me sirvan.

No hizo aprecio el monarca y dijola que dejara aquello para tratarlo en otra ocasión, por que en aquella no había lugar.

Luego encontráronse frente a frente las dos rivales y es fama que la escena que tuvieron, más tiró hacia la calle que hacia los estrados cortesanos.

Miguel Soplillo, el bufoncejo, que en todo hacía honor a su apellido, no tardó en irle con el cuento al señor don Juan, y el tal que en este asunto ya de puro insensato rayaba en loco, anduvo lo más del día buscando a doña Francisca, para castigarla por el desacato, como a moza de rompe y rasga.

Al fin parece que acalláronle los consejos de don Luis de Góngora, y los peligros que columbraba, de llegar al escándalo, y sólo con la promesa de unas sátiras que levantaran ronchas, vino a conformarse.

PROSIGUEN LOS FOLIOS DEL PRETENDIENTE

CAPÍTULO VII

Aquella fiesta de toros...

«Ya parece que van apoltronándose fijamente en sus empleos los nuevos señores que han de aconsejar y despachar los destinos del nuevo reinado.

«Algo adelanté en mi pretensión, que hoy estuve en la secretaría de la maestranza de Zaragoza, y parece que entre las primeras pretensiones que firme su majestad luego de pasados estas fiestas, será una la de mi arcedianato. Si ello es como dánmelo por servido, (que achacan el no estarme ya disfrutando dél, a incuria de los anteriores gobernantes) a fe que como dicen de Zamora, no le he ganado en una hora.

«Bien va de fiestas este año de 1622, y seguramente que quien más han de holgarse con él, son los bienaventurados, que por la ejemplaridad de sus vidas y alteza de sus virtudes asiéntanse a la diestra de Dios Padre.

Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Felipe Neri, Teresa de Jesús, y parece que más que todos por ser nacido y criado en Madrid aquel santo Isidro, mozo de labor en tierras de Iván de Vargas, andan estos días

de servilleta prendida, pues vá a darseles ya en definitiva la cédula de Santidad.

Las fiestas de toros celebradas en la Plaza Mayor han sido famosas.

Paréceme que esta clase de divertimiento ha de encontrar de día en día más arraigos en España, pues hásela tomado tanto el gusto, que ya más de una vez han acaecido lamentables desgracias al procurarse puesto la plebe para presenciarlas.

Yo de mí se decir que es cosa que me agrada sobre manera.

Aquel donosísimo juego de ímpetu y destreza entre el bruto y el hombre, ¡vive Dios que enciende los ánimos y acucia la sangre adormilada.

Es de los más bravos caballeros que yo he visto don Cristóbal de Gaviria, no le va en zaga aquel Pedro Vergel, alguacil de Corte a quien en una destas fiestas agravió tan únicamente el dicho conde, al verle entrar todo galán y enjoyecido.

Que galano entra Verger
con cintillo de diamantes,
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.

Digan si puede insultarse más bellamente a un cristiano.

***

Notable ciertamente fué la fiesta y mucho regocijó tanto a hidalgos como a plebeyos el arrojo y empaque de los caballeros.

Desde muy temprano hubieron de acudir sus majestades que desde los amplios balcones de la Panadería presenciaban el lucido festejo.

Comenzaron a desfilar los caballeros en plaza y cada uno levantaba un murmullo de simpatía entre los miles de espectadores.

Todos al llegar bajo el balcón real, hacían la pleitesía de rigor e iban luego a ocupar su puesto en la liza.

Llegó en fin Villamediana, tan galano y gentil que resumió en sí todas las simpatías de la gente.

Hubo una grande curiosidad por descifrar el geroglífico de su emblema.

Nadie le comprendia.

Traia bordados sobre el pecho, hacia la parte del corazón unos reales de plata.

Sobre ellos, iba escrita esta divisa:

Son mis amores.

Entre la gente palaciega hay muy empeñado interés en descifrar qué quiera decir ello.

En el mismo balcón que ocuparan los monarcas, hase abierto polémica entre doña Antonia de Acuña, doña Maria de Guzmán y el bufón don Miguelito.

Doña Isabel escuchábalos mal de su agrado, y la vida diera porque se quedaran mudos.

El Rey no atendia sido al bullicio de fuera.

El conde Duque, le llamó la atención, para que atendiera al coloquio que era muy pintoresco.

A la postre acabóle Soplillo diciendo:

—¡Vive Roque que somos bolonios! Pues si ello es tan claro y transparente como el sol que nos alumbra ¿no son reales los timbres de su emblema?

—Sí—respondieron las damas.

—Y encima como abrazándolos—replicó el histrioncillo—no lleva escrito «Son mis amores».

Y las damas tornaron a afirmar.

—Pues más cristalino, ni el agua destilada. «Mis amores, son reales».—Y el muy bellaco lo decía silabeando las palabras, como muchacho que comien»a a andar por el silabario.

La reina quedó como muerta.

El rey atarazó al enano, que todos temieron que fuera aquel su postrer día, y rugió más que dijo:

—Pues yo se los haré cuartos...

. . . . . .

Tan bravamente parece que se portó en la lidia el alcurniado y maldiciente poeta, que para él fueron los lauros y vítores de la plebe y la nobleza.

El rey no hizo demostración alguna ni en favor ni en contra.

Diz que uno de los rejonazos que asestó el conde fué tan bizarro, que el toro cayó redondo sin rastro alguno de vida.

Doña Isabel no fué dueña de sí misma, y advirtiendo que se desarrugaba el ceño de su augusto esposo, exclamó:

—¡Bravo por el conde! ¡*Pica* bien Villamediana!

A que respondió don Felipe, apartándose del balcón (con lo que dióse la corrida por terminada):

—Pica bien, pero muy alto.

CAPÍTULO XVIII

De como hay gente para todo.

Dejemos aquí nuevamente que la musa de la novela historial hurte unos cuantos párrafos en los diarios avisos del clérigo pretendiente (aunque más justo fuera decir que pretendió, pues ya su paciencia y necesidad tuvieron premio, y logró el arcedianato que tan justamente pedía.)

Bien es por otra parte que la dicha musa tomara estas breves líneas a su cargo, porque como ya su reverencia tiene en qué emplear el tiempo, no anota y comenta con el celo que hasta aquí tuvo por norma.

***

Ha dos o tres días que no viene por las *Losas*, y por ende ni pide ni importuna un individuo astroso que blasonaba de haber militado en Flandes y en Italia.

A decir verdad, tenía más trazas de rufián que de soldado.

En toda su estampa veíase que era hombre capaz de cualquiera hazaña como esta no tuviese la nobleza por norma.

Traía no sé que cartas para el almirante don Fadrique Enríquez, y siempre que hablaba era su boca un manantial de por vidas y denuestos. No logró ser recibido por el dicho magnate y al fin una mañana (que a todo se atreven los ignorantes y desvergonzados), consiguió ver al conde-duque, y de entonces acá no ha vuelto por las *Losas* en guisa de pedigüeño, sino que derecho iba al despacho de su excelencia, el señor don Gaspar.

Ignacio Méndez le decían.

La última vez que se le vió salía a la par de Olivares y alguien dice que al punto de despedir a éste junto al estribo del coche, oyóle estas palabras:

—Descuide, vuecelencia, que destos dos días no pasa y si hasta aquí no pudo ser fué porque no hubo lugar. Ahora yo fío que sí y todos quedaremos algo más que satisfechos. No habrá miedo de que hable. Pero mirad que yo voy bien confiado y hago cuenta de que no hay alcalde ni alguaciles en la Corte...

CAPÍTULO ÚLTIMO

Y así muriò el conde.

Y al fin plúgole al trágico poder que estas cosas ordena, y dispuesto tan justamente tiene el principio y cabo de todo lo nacido, que llegara el aciago día del eterno crepúsculo del señor don Juan de Tassis Peralta, conde de Villamediana.

Aunque grande era la enemiga que su excelencia tenía en la Corte, no dejó un solo día de asistir a despachar como correo y caballerizo mayor; pero ya su caída era inevitable, aunque a la verdad nadie pensaba que fuera caída de muerte criminal.

Muchos auguraban su desgracia, pero casi todos pensaban que fuese destierro como otras veces aconteciera.

El de Olivares no daba opinión alguna sobre tal asunto si algún indiscreto le preguntaba y lo más que parece que llegó a decir (y no era poco) fué que destas tormentas había frecuentemente en los palacios, y en algunas caían exhalaciones, que llevaban la muerte, pero que eran accidentes que nadie podía evitar.

Aquella mañana del 21 de Agosto de 1622 entró el conde a la hora que tenía marcada de costumbre más agudo y decidor que nunca.

Aun era comidilla de grandes y chicos la desdichada muerte de don Fernando Pimentel, hijo del conde de Benavente a quien por cuestión de amores sacó deste valle de lágrimas su pariente don Diego Enriquez la noche del siete, junto a la iglesia de San Pedro el Viejo.

—De amores dicen que murió—habló Villamediana en el primer corro que halló a mano—buena enfermedad es y Dios me acabe de ella.

Prosiguió luego la charla.

De todo habló: de los negocios de Flandes e Italia, del resello y contraste de la moneda, de la flota de Indias recién llegada a Cádiz, de la soberbia y favor del conde-duque, de la necedad y presunción del de Osuna, y de todo hizo tiras.

Pasó don Baltasar de Zúñiga, confesor del rey y tío del privado, y llamándole a una parte díjole no en voz tan queda que dejara de oirse:

—Téngase y mire lo que habla y como habla, que tiene peligro de la vida.

Juiciosa advertencia que fué acogida por don Juan con una nueva y más afilada burla que hirió muy gravemente la suspicacia del prócer religioso.

Salió a poco un gentilhombre y dió razón de que Su Majestad hacía punto en las audiencias por aquella mañana, con lo que todos abandonamos la regia antecámara.

. . . . . .

A última hora de la tarde volvió el conde a Palacio.

Traía inusitada cohorte de criados, aparato que en él no era costumbre, pues la más compañía con quien solía vérsele era algún allegado o deudo, o con el racionero de la catedral de Córdoba don Luis de Góngora.

Sin duda que venía algún asunto de su alto cargo, pues que estuvo un breve rato en la secretaría del Consejo de Castilla y allí dejó unos pliegos que portaba.

Cuando salió, era a tiempo de que tornaban los reyes. Llegábase para cumplimentarles, pero el rey cruzó ante él como si no le hubiese reparado.

La reina inclinó ligeramente la cabeza y también pasó sin mirarle.

No fué ajeno el real desvío a los ojos de los demás cortesanos, pero la arrogancia del conde supo contenerles el gozo que pugnaba por saltarles al rostro.

Llegóse adonde estaba su íntimo camarada don Luis de Haro, camarero de la reina, el cual en manos de un palafrenero dejaba su brioso alazán, y hablaron con esta brevedad:

—Don Luis, ¿finásteis por hoy vuestro menester?

—Hasta mañana a las once disponed de mí.

—Habemos de hablar; ello, si es que cosa más urgente no os lo veda.

—Si la hubiera, necesitándome vos dejárala para después. Pasemos, si gastáis, a mi aposento.

Tengo el coche en la puerta, subamos a él y mientras nos lleva hacia el Prado, pues la serenidad de la noche que comienza convida al paseo, charlaemos.

—Melancolías?... ¡Ay, señor don Juan! ¿Por qué no olvidais este asunto y atenazais el corazón? Mirad que porque como a hermano os quiero; os lo aconsejo

—Mas desto y de otras cosas que en esto tienen su daño, hablaremos en el coche. Este caserón se me cae encima y pluguiera a Dios...

—Andad, andad don Juan, que nos miran.

Y saliendo a buen paso, en el zaguán hallaron el coche del conde.

Subieron a él, y muy despaciosamente echó el cochero hacia la calle Mayor.

Pasada la Platería un hombre salió de los soportales, y haciendo una seña al cochero para que detuviera la marcha, acercóse hacia la parte en que iba su excelencia y rogóle que se apeara, pues que tenía que darle un recado importante que no consentía testigos.

Sin recelo alguno alzóse don Juan de su asiento, pero, no bien había puesto el pie en el estribo, cuando aquel bellaco, sin darle tiempo para defenderse, sacó una ballestilla y asestóle tal golpe en el pecho que allí mesmo vació la vida del noble y atrevido poeta.

Diz que tan bestial fué la embestida, que «arrebatándole el arma la manga y carne del brazo hasta los huesos, penetró el pecho y el corazón y fué a salir a las espaldas.»

A la voz triste que dió el conde atropellado del dolor, acudió don Luis, y conociendo el mal recaudo sucedido, quiso echar tras el asesino entendiendo que primero era este cuidado que el del moribundo, pero con tal prisa y azoramiento iba que trabucándosele las piernas con el cuerpo de don Juan cayó sobre él.

Consiguió levantarse y dió tras el criminal, pero todo fué inútil, las sombras de la noche que ya había cerrado del todo, y dos embozados que resguardábanle hicieron inutil este cuidado.

Entre tanto la vida de Tassis habíase quedado hecha regueros de sangre.

Lleváronle al zaguán de su casa que estaba casi frontero de donde vino a encontrar fin tan desdichado.

Del asesino, nada se supo; por fórmula solamente abrióse una indagatoria pero ya con el premeditado fin de no hallar al traidor...

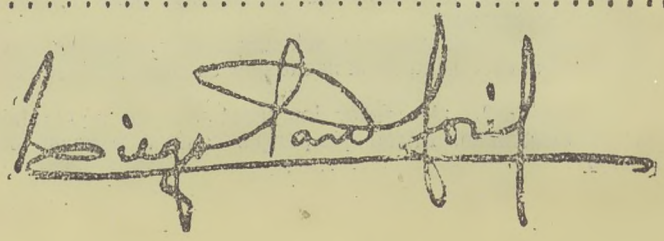
***

La historia íntima de aquel reinado, conserva el nombre de un guarda mayor de la casa de Campo.

De él decían malas lenguas (y puede que hubieran razón, que pocas veces nacen las hablillas sin algún fundamento), que era el brazo siniestro del rey Don Felipe IV de Austria, porque vengábale los agravios secretos...

. . . . . .

Nadie sabe si fueron o no ciertas las causas a que se atribuye la mala muerte del conde en lo que atañe al martelo con la reina, pero tanto empeño puvo èl en insinuarla que bien pudiera. Creen los más, que la venenosa pluma y el desaprensivo y franco decir fueron quienes trajéronle a este desastroso fin. Tengo para mí que unos y otros pusiéronse de acuerdo, pero muy a pesar del interés que mostró la villa toda y de los epigramas, epitafios y elegías de los más notables ingenios, no prevaleció alguno y sólo quedó asentado como artículo de fé para salvarse.

que el matador fué Bellido
y el impulso soberano...

. . . . . .